

BEATOS VÍCTOR CHUMILLAS Y 21 COMPAÑEROS, MÁRTIRES FRANCISCANOS (1936)

PRESENTACIÓN

Presentamos veintidós modelos de cristianos e hijos de San Francisco, que vivían felices y con entusiasmo su vocación, y que fueron libre y gozosamente al martirio, como acto supremo de amor e identificación con Cristo, que daba gloria a Dios. No buscaron la muerte, pero la recibieron como hermana (que diría San Francisco) y como don de Dios. Sabían que no perdían la vida, la recibían ya plena. Por eso no tomaron las armas para defenderse, ni maldijeron a los que, siendo hermanos suyos, les daban muerte por una trágica ceguera ideológica. Les dolía el enfrentamiento entre hermanos y querían ofrecer su vida para que volviese la paz y la concordia entre todos los españoles. Veinte eran jóvenes, o muy jóvenes, entre 36 y 20 años, vivían ilusionados en llegar a ser sacerdotes o con el entusiasmo de los primeros años de apostolado sacerdotal. Dos entre ellos habían entregado su vida a llevar el evangelio y la salvación de Dios a los más humildes como misioneros en Filipinas. Todos ellos rubricaron gloriosamente su vida al dar su sangre para proclamar que Dios es el Dios del amor y de la vida, que Cristo es el hermano y salvador de todos, que el amor de Dios no es vencido por nuestras desgracias ni tampoco por nuestros odios, que Dios sigue con el cielo abierto para todos sus hijos porque el corazón de los mártires no se cerró contra nadie.

No queremos recriminar a nadie, pretendemos destacar solamente lo positivo. Los presentamos como ejemplo y estímulo de todo creyente para vivir la vida cristiana incluso en situaciones hostiles, como modelo para los jóvenes de que vale la pena entregar la vida por una causa noble, como prueba de la importancia de la familia en la transmisión de la fe que da una razón para vivir y dignidad para morir. Lee este breve reseña de la vida y muerte de estos auténticos cristianos. Sentirás que se fortalece tu fe y revive en ti el gozo de creer. Sentirás la felicidad que da el entregarse a Cristo. Ellos nos llaman y alientan a todos a continuar su testimonio. La Iglesia los reconoce como santos y mártires, modelos e intercesores para todos nosotros. El día 28 de octubre de 2007 han sido beatificados por Benedicto XVI en Roma junto con otros muchos testigos de Cristo.

P. VÍCTOR CHUMILLAS

Víctor Chumillas Fernández nació en Olmeda del Rey (Cuenca) el 28 de julio de 1902. Sus padres, Alfonso y Catalina, eran de condición humilde y muy religiosos. Víctor simultaneó su asistencia a la escuela con el trabajo y fue acólito en la parroquia.

En 1914 entró en el seminario menor franciscano de Belmonte (Cuenca). Tomó el hábito franciscano en Pastrana (Guadalajara) el 2 de agosto de 1917. Profesó de votos temporales en Arenas de San Pedro (Ávila) el 4 de agosto de 1918. Cursó la filosofía en Pastrana y la teología en Consuegra (Toledo). El 29 de julio de 1923 hizo su profesión solemne. El 6 de junio de 1925 fue ordenado sacerdote.

Su primer destino fue la casa de noviciado de Arenas de San Pedro. Después fue enviado como profesor a los seminarios de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), La Puebla de Montalbán (Toledo) y Pastrana. En 1932 fue destinado al convento de San Antonio en Madrid, donde actuó

como director de la revista *Cruzada Seráfica*, de la catequesis y la Juventud Antoniana, sumando a ello la predicación, la atención al confesonario y a los enfermos. Todo ese trabajo lo continuó en Almagro (Ciudad Real), para donde fue designado Guardián a principios de 1935. En octubre de ese mismo año, el Capítulo le nombró Guardián y Rector del Convento-Teologado de Consuegra, donde permaneció hasta su muerte por Cristo, sufrida con otros 19 hermanos de su comunidad el 16 de agosto de 1936 en Fuente el Fresno (Ciudad Real).

La virtud del P. Chumillas era advertida y reconocida por todos. Su carácter era sencillo, alegre, optimista, bondadoso y tranquilo. Siempre fue hombre de oración en medio de su gran actividad. Su espíritu de sacrificio y pobreza eran evidentes. La prudencia, humildad, bondad, servicialidad y dulzura en el trato saturaban su proceder. Su fortaleza y su fe en Dios le hacían infatigable en el trabajo y estaba siempre pronto para cualquier trabajo necesario y para la obediencia. Ya sacerdote, ejerció el apostolado por todos los medios a su alcance: la acción, la palabra, la pluma. Su labor de profesor no le impidió el ejercicio intenso del ministerio sacerdotal: atención al culto, a la predicación, al confesonario, a la dirección espiritual, a la dirección de asociaciones religiosas, a los enfermos y a la catequesis infantil, en la que derrochaba entusiasmo, simpatía e inventiva.

Su labor como publicista fue también intensa en las revistas *Cruzada Seráfica* y *Hogar Antoniano*. En los artículos supo iluminar la realidad de la sociedad española con la luz del Evangelio. Eran verdaderas catequesis de adultos y de niños, apropiadas a la España republicana. En sus escritos muestra una gran pasión por la Iglesia y por las verdades de la fe, así como una disposición total para el martirio y el amor a los que perseguían la religión. Basten estas frases: *“A lo mejor te has creído que quiero la eterna condenación de los que nos gobiernan, porque te voy poniendo esos reparillos. Al contrario: todos los días pido a Dios que les dé tiempo de arrepentirse y enmendarse, ofreciéndole mi vida por este fin y motivo. Mi mayor alegría sería derramar mi sangre por Aquel que por mí la derramó en la cruz, si así fuere servido”*.

¡Una vida santa, que Dios coronó con el martirio! Dios dio a la comunidad franciscana de Consuegra, elegida para el martirio, el pastor que necesitaba en ese momento, un pastor según su corazón, en quien se encarnaba el Buen Pastor y que, como él, supo confirmar a sus hermanos, dar la vida, y caminar delante de ellos espiritual y materialmente en el momento de la inmolación.

P. ÁNGEL RANERA

Ángel Hernández-Ranera de Diego nació en Pastrana (Guadalajara) el 1 de octubre de 1877. Sus padres, Félix y Manuela, eran labradores humildes y cristianísimos. Ángel, de genio vivo, piadoso, sintió nacerle la vocación en el trato con los franciscanos de su pueblo y, estudiados los años de Humanidades (Latinidad) en el convento de la localidad, tomó el hábito franciscano en el mismo el 29 de octubre de 1892, y en él profesó al año. Cursó sus estudios filosóficos y teológicos en los conventos de Pastrana, La Puebla de Montalbán, Consuegra, en donde emitió su profesión solemne el 5 de junio de 1897, y en Almagro. Fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1900.

En Almagro inició su actividad sacerdotal, que continuó en Almansa (Albacete). En 1906 salió para las misiones de Filipinas. Allí trabajó en la isla de Samar como párroco de Allen, de Catubig y de Laoang. Regresado a España en 1929, residió tres años en Alcázar de San Juan como vicario y profesor del seminario, y tres en Quintanar de la Orden (Toledo) como vicario, discreto y maestro de hermanos no clérigos. Con los mismos cargos fue destinado a Consuegra en 1935.

Sus feligreses filipinos le recuerdan como sacerdote piadoso y diligente en su ministerio, generoso y caritativo, querido por el pueblo y respetado por las autoridades. En las parroquias

que regentó, fundó una escuela parroquial, organizó la Orden Franciscana Seglar, las cofradías, un coro y una banda de música y reedificó dos de las iglesias. Sus alumnos del seminario menor de Alcázar le querían por su sencillez y ternura paternal, que no castigaba. Los estudiantes de teología le recibieron en 1935 como modelo de futuros sacerdotes. En el año escaso que vivió en Consuegra, ejerció el apostolado en la iglesia y en las capellanías de la comunidad, con asiduidad al confesonario. La vida del P. Ángel Ranera, entregada por entero al Señor, tuvo una digna culminación en el martirio, que repetidas veces manifestó desear y que tuvo lugar el 16 de agosto de 1936.

P. DOMINGO ALONSO

Domingo Alonso de Frutos, hijo de Pedro y Fernanda, nació en Navares de Ayuso (Segovia) el 12 de mayo de 1900. Sus padres, labradores pobres, cultivaron cuidadosamente en todos sus hijos la fe y religiosidad. La afición de Domingo fue el estudio y la iglesia. Su decisión de hacerse fraile se impuso a la disuasión de los mayores.

En 1912, Domingo ingresaba en el seminario menor franciscano de Belmonte. El 22 de julio de 1915 tomaba el hábito en el convento de Pastrana. El 23 de julio del año siguiente, hizo su profesión temporal en la Orden franciscana. Continuó sus estudios sacerdotales en los conventos de La Puebla de Montalbán, Pastrana, en donde hizo su profesión solemne el 22 de mayo de 1921, y Consuegra. Los dos últimos cursos de teología los estudió en la universidad de Santo Tomás, de Manila, en la cual se licenció y doctoró en teología. El 18 de mayo de 1924 fue ordenado sacerdote en Calbayog (Samar, Filipinas).

Fue destinado al teologado de su provincia religiosa, como profesor de teología. Ejerció la docencia en Consuegra, en Quincy (Illinois, USA), en donde estuvo el teologado franciscano de Castilla de 1931-1933, y de nuevo en Consuegra hasta su muerte. Fue también definidor provincial y prefecto de estudios. Su labor docente la simultaneó con el apostolado sacerdotal como confesor, director de la catequesis y asociaciones antonianas y, especialmente, como predicador, para lo que tenía buenas cualidades.

Era prudente, austero, bastante callado, no jactancioso, muy trabajador y cumplidor de sus deberes, sin que por ello se dispensase de la oración comunitaria. Bien preparado y dotado intelectualmente, desempeñaba con competencia su tarea de profesor, si bien su labor como maestro de disciplina no fue siempre acertada en las situaciones conflictivas del teologado. En la revista *Cruzada Seráfica* publicó bastantes artículos, la mayoría de ellos sobre la misericordia de Dios y la contrición en los sacramentos.

Estuvo siempre dispuesto al martirio. Cuando los milicianos le dijeron que se bajase del camión que lo llevaría a la muerte, pues no estaba en la lista (se cree que por influjo de un amigo suyo de izquierdas), contestó: "*Domingo no se baja, que Domingo irá donde vayan sus hermanos*". Con 19 de ellos fue inmolado el 16 de agosto de 1936.

P. MARTÍN LOZANO

Martín Lozano Tello nació en Corral de Almaguer (Toledo) el 19 de septiembre de 1900. Sus padres, Román y Carmen, aun siendo pobres, sabían atender a los necesitados. Martín perdió a sus progenitores cuando contaba ocho y diez años. Desde pequeño se sintió atraído por el estado religioso.

Ingresó en el seminario menor franciscano de Belmonte en 1913. Tomó el hábito franciscano en Pastrana el 14 de julio de 1916 y emitió su profesión temporal en la misma fecha del año 1917. En dicho convento cursó la filosofía y el primer año de teología, y profesó de votos solemnes el 4 de octubre de 1921. Los otros tres años de teología los cursó en Consuegra. Fue ordenado sacerdote el 6 de junio de 1925.

De 1925 a 1929 se licenció en Sagrada Escritura, en Roma y Jerusalén. Empezó su labor en el teologado franciscano de Consuegra como profesor y maestro de disciplina. En el cargo de maestro permaneció un año; en el de profesor, hasta su muerte: dos años en Consuegra, de 1931 a 1933 en Quincy (Illinois-USA), y de nuevo en Consuegra hasta 1936.

De natural era bien dotado intelectualmente, introvertido, emotivo y tímido. Era amante del estudio, cumplidor de sus deberes, piadoso, sencillo, no dado a disputas ni críticas, indulgente en las calificaciones, y sabía encajar los desaires que recibía. A quien le propuso que dejase la Orden y pusiese una escuela en su pueblo, contestó que “*estaba al servicio de Dios y de sus superiores y que era franciscano, y franciscano había de morir*”.

Su trabajo principal fue la docencia de materias bíblicas y teológicas. No descuidaba la predicación dominical, ni el confesonario, en el cual se mostraba prudente, paciente y caritativo. Escribió también en *Cruzada Seráfica* algunos artículos titulados *Página Bíblica*, los cuales le muestran como hombre de fe y de vida interior.

A pesar de su timidez, estaba dispuesto al martirio. Días antes de la guerra civil, le dijo una persona: “*¿Cómo anda usted por la calle vestido de hábito? Le van a matar*”. Y él contestó: “*Tengo la mortaja puesta. Cuando gusten, pueden hacer de nosotros lo que quieran*”. Fue asesinado el 16 de agosto de 1936.

P. JULIÁN NAVÍO

Julián Navío Colado nació el 12 de agosto de 1904 en Mazarete (Guadalajara). Los padres, Pedro y Lorenza, molineros y panaderos, educaron a sus hijos en la fe con la práctica de la religión, el rezo y las lecturas piadosas en familia. Julián era inclinado a lo religioso y gustaba de leer a solas más que jugar con los coetáneos.

Ingresó en el seminario menor franciscano de Belmonte en 1915. Tomó el hábito franciscano en Arenas de San Pedro el 18 de septiembre de 1919. Profesó de votos temporales el 19 de septiembre de 1920. Estudió la filosofía y el primer curso de teología en Pastrana (Guadalajara). Los tres restantes de teología, en Consuegra, donde emitió sus votos solemnes el 15 de agosto de 1925. Fue ordenado sacerdote el 11 de junio de 1927.

Obtenida en Roma la licenciatura en Historia de la Iglesia, su labor como profesor de esta materia y de Historia de la Orden la desarrolló en Pastrana de 1930 a 1932, en Quincy (Illinois-USA) en 1932-1933, y en Consuegra de 1933 a 1936. En los cursos 1932-1934 fue también maestro de disciplina en el teologado de la Provincia de Castilla. Este fue casi el único apostolado que desarrolló. Se mantuvo firme en su vocación, a pesar de recibir propuestas para hacer carrera en el mundo.

A sus buenas cualidades intelectuales unía la pasión por el estudio. De natural propenso a la soledad, era parco en palabras, aunque afable, firme en sus criterios y ponderado en sus juicios. No alardeaba de sus cualidades, quería pasar desapercibido. No pecó de negligencia en los oficios que tuvo que desempeñar, dio pruebas de gran fortaleza en su oficio de maestro de disciplina en un ambiente cargado de tensiones. Se mostró atento y disponible para los estudiantes, recto y comprensivo, aunque firme. Como profesor y formador era apreciado por todos y considerado como el profesor ideal por su preparación de las clases y el desarrollo de las mismas. Escribió algunos artículos en la revista *Cruzada Seráfica*, en los cuales muestra su fe en

que la Iglesia superaría la persecución que padecía entonces en España como había superado las de siglos pasados. Sufrió el martirio el 16 de agosto de 1936.

P. BENIGNO PRIETO

Benigno Prieto del Pozo nació en Salce (León) el 25 de noviembre de 1906. Fueron su padres Felipe y Teresa. Pasó su infancia alternando la escuela con el cuidado del ganado familiar. Era aplicado, fervoroso, le gustaba dar limosna y reprendía a los que hablaban mal.

Sobre la base de su inclinación religiosa, su vocación fue fruto de la educación cristiana del hogar, de las cartas de una tía suya, religiosa, y del ejemplo de un hermano suyo, que ingresó en el seminario franciscano de Belmonte. En 1918, Benigno se le unía y cursó el primero de humanidades en dicho seminario; los tres restantes, en el de Alcázar de San Juan. Tomó el hábito franciscano el 7 de abril de 1922 en el convento de Arenas de San Pedro, en donde hizo su profesión temporal el 8 de abril de 1923. Cursó los tres años de filosofía en el convento de Pastrana. Los cuatro de teología los estudió en el convento de Consuegra, en donde emitió su profesión solemne el 26 de noviembre de 1927. El 20 de diciembre de 1930 fue ordenado sacerdote.

De 1931 a 1934 fue profesor de estudiantes profesos en Pastrana. Por un tiempo, fue asistente de la Orden Franciscana Seglar. Colaboró en la revista *Cruzada Seráfica* con varios artículos sobre la doctrina social de la Iglesia. Desde 1934 hasta su muerte fue profesor y maestro de disciplina del teologado de Consuegra. En ese cargo tuvo que soportar burlas y faltas de respeto de algunos de los estudiantes, que no aceptaban la corrección, a lo que supo sobreponerse y encontrar remedio..

Era prudente, enemigo de murmuraciones y partidismos, y demostró admirable paciencia en la enfermedad de fístula tuberculosa que padeció los trece últimos años de su vida. Como profesor y educador, dio ejemplo de entrega al trabajo, de equidad en el trato y en las calificaciones y de interés por el bien espiritual de los seminaristas. No descuidó la predicación y el confesonario, en los que sabía infundir paz e inculcaba mucho el respeto y amor al prójimo y el vivir de cara a la eternidad. En los días de prisión dejó bien impreso en los testigos su espíritu de prudencia, de oración, de fortaleza y su solicitud por sus discípulos. Fue asesinado el 16 de agosto de 1936.

FR. MARCELINO OVEJERO

Marcelino Ovejero Gómez nació en Becedas (Ávila) el 13 de febrero de 1913. Sus padres, de condición humilde, fueron Pablo y Cristina. Su vocación nació de su piedad y de los consejos de una religiosa de la Divina Pastora del colegio de Becedas.

Ingresó en 1925 en el seminario franciscano de Alcázar de San Juan, donde cursó dos años de humanidades; el tercero lo hizo en el de La Puebla de Montalbán. Vistió el hábito franciscano el 25 de agosto de 1928 en Arenas de San Pedro, en donde profesó de votos temporales el 26 de agosto de 1929. No llegó a emitir la profesión solemne ni recibió Órdenes sagradas por estar sujeto al servicio militar, según las leyes de la Segunda República española. Cursó el trienio filosófico en Pastrana, el primer curso de teología en Alcázar de San Juan y los tres restantes en Consuegra, todo ello entre 1929 y 1936, año en que sufrió el martirio el 16 de agosto.

Fr. Marcelino poseía un alma infantil y conservó hasta el final toda su candidez. Algo tímido, bondadoso y sencillo, era querido por todos sus compañeros. Con cualidades corrientes,

obtenía buenas calificaciones, dada su aplicación. Siempre se mostró piadoso, cumplidor del deber y respetuoso con los superiores y educadores. Sabía sobrellevar las contrariedades, entre ellas su obesidad, que le impedía participar en algunos juegos. Cuando, por la implantación de la República de 1931 en España, en el seminario de Pastrana se produjeron descontentos, rebeldías y defecciones, Fr. Marcelino se mantuvo firme en los compromisos de su vocación y, a pesar de que, tras la quema de conventos, sus familiares quisieron llevárselo al pueblo, se negó a salir del convento, dando pruebas del amor a su vocación y de estar dispuesto al martirio.

FR. JOSÉ DE VEGA

José de Vega Pedraza nació en Dos Barrios (Toledo) el 30 de agosto de 1913 y fueron sus padres Matías y María de las Candelas. En aquel hogar, que sería consagrado por el martirio de los cinco varones y la consagración religiosa de la hija, se vivía la fe y se rezumaba la caridad. José dio muestras llamativas de piedad desde pequeño, en su oración pedía para sus familiares la santidad y para él el martirio. Acólito de la parroquia y apóstol en ciernes, exhortaba a la piedad a los compañeros y recompuso la paz de un matrimonio.

Venciendo la resistencia del padre, que le necesitaba para el trabajo, entró en el seminario franciscano de Alcázar de San Juan en 1926. Estudiadas las humanidades en él y en La Puebla de Montalbán, tomó el hábito el 20 de mayo de 1929 en Arenas de San Pedro, en donde hizo la profesión temporal el 21 de mayo de 1930. En el seminario menor y en el noviciado seguía pidiendo como gracia el martirio. En los cursos 1930-1933 completó los estudios humanísticos y cursó la filosofía en Pastrana. De 1933 a 1936, aprobó los tres primeros años de teología en Consuegra. En ese convento hizo su profesión solemne el 17 de agosto de 1935. En octubre y noviembre de ese año recibió la Tonsura y las Órdenes Menores y el 6 de junio de 1936 el subdiaconado, todo en Ciudad Real.

Sus dotes intelectuales eran corrientes, su aplicación buena, y sus aficiones, la música y la poesía. En su carácter había cierta timidez, nerviosismo e inestabilidad, que le hacían pasar de épocas de intensa vivencia espiritual a comportamientos reprensibles. Tuvo en esto dos crisis, una en los años de filosofía y otra en el tercer curso de teología, en las que se sumó a los descontentos, pero aceptó la corrección y las superó, dando paso a una vida centrada en sus convicciones religiosas y en su ilusión por llegar a ser un buen director de almas o un educador de futuros sacerdotes, preparándose con entusiasmo. Obtuvo la gracia que había pedido: con 19 hermanos de hábito fue martirizado el 16 de agosto de 1936.

FR. JOSÉ ÁLVAREZ

José Álvarez Rodríguez nació en Sorriba (León) el 14 de octubre de 1913. Sus padres, Vidal y Natividad, humildes agricultores, murieron jóvenes dejando cinco huérfanos. José y sus hermanas fueron acogidos por unos tíos suyos en Valle de las Casas (León). Los cinco se hicieron religiosos.

En 1926 entraba José en el seminario menor franciscano de Alcázar de San Juan. En 1928 pasó al de La Puebla de Montalbán para cursar el tercero de humanidades. Tomó el hábito franciscano el 20 de mayo de 1929 en Arenas de San Pedro. Terminado el año de noviciado, emitió su profesión temporal el 21 de mayo de 1930. Pasó a Pastrana y allí cursó el cuarto de humanidades y la filosofía. De 1933 a 1936 estudió los tres primeros años de teología en Consuegra, en donde hizo la profesión solemne el 17 de agosto de 1935. Meses después, recibía

la Tonsura y las Órdenes Menores en Ciudad Real y, el 6 de junio de 1936, el subdiaconado, también en esa ciudad.

José Álvarez era persona bien dotada. Su aplicación, sin embargo, sufrió altibajos, que dejaban huella en las calificaciones. Colaboraba en los actos culturales del seminario. Su comportamiento sufrió un deterioro extraño. Bueno en el seminario menor, fervoroso en el noviciado y en el primer año de profeso, se vio afectado por la crisis del filosofado de Pastrana a raíz de los temores que suscitó en los jóvenes la República y la quema de conventos. A la justa corrección del maestro, Fr. José reaccionó con unos años de equilibrio, aplicación y buena conducta. Pero ese equilibrio volvió a quebrarse, y en el primer semestre del curso 1935-1936 fue el que más se señaló en el pequeño grupo de los que no aceptaban la vigilancia y corrección del maestro, llegando hasta la contestación y las burlas. El castigo fue severo. De nuevo supo encajarlo Fr. José Álvarez, y en los meses que le quedaron de vida, se mostró ejemplar. La gracia trabajó en él disponiéndolo al martirio, que recibió el 16 de agosto de 1936.

FR. SANTIAGO MATÉ

Santiago Maté Calzada nació en Cañizar de Argaño (Burgos) el 25 de julio de 1914. Sus padres, Mariano y Agripina, labradores humildes, supieron transmitir su espíritu cristiano a los hijos. El ambiente del pueblo, del cual había ocho franciscanos, y el de la familia, que ya había dado un hijo a la Orden, hizo nacer su vocación franciscana.

Santiago ingresó en el seminario menor de Alcázar de San Juan en 1924 y cursó dos años de humanidades. En 1926 pasó a La Puebla de Montalbán y allí estudió los otros tres cursos humanísticos. Inició su noviciado el 6 de septiembre de 1929 en Arenas de San Pedro. Allí emitió su profesión temporal el 7 de septiembre de 1930. Tres años pasó en Pastrana cursando la filosofía, y otros tres en el convento de Consuegra, en donde estudió los tres primeros cursos de teología. En ese convento hizo su profesión solemne el 17 de agosto de 1935. Ese año recibió la Tonsura y las Órdenes Menores en Ciudad Real. Y en la misma ciudad, el subdiaconado el 6 de junio de 1936.

En sus años de vida religiosa, Santiago se mostró noble, sencillo, piadoso, de buen comportamiento y contento de su vocación. En los estudios de humanidades encontró dificultad por su mala memoria, pero, a partir de la filosofía, su tenacidad y su inteligencia le hicieron ir destacando de día en día. Los compañeros admiraban su fuerza de voluntad para vencer su natural tímido y la maduración de su inteligencia y personalidad. Uno de ellos dice de él que *“el progreso de la vida espiritual se hacía cada día más notorio... sin perder nunca la sencillez”*. Escribía en las revistas del seminario y se preparaba con ardor para ser un buen sacerdote y misionero. Sufrió el martirio junto con los anteriores el 16 de agosto de 1936.

FR. ANDRÉS MAJADAS

Andrés Majadas Málaga, décimo de los once hijos de Galo y Regina, nació en Becedas (Ávila) el 2 de marzo de 1914. La religiosidad de la familia era admirable. Andrés se mostraba enérgico, vivo de genio y de talento. A los siete años quedó huérfano de madre y pasó al hospicio de Ávila hasta meses antes de su ingreso en el seminario de Alcázar de San Juan en 1924. En 1926 pasaba al de La Puebla de Montalbán a cursar otros tres años de humanidades. El 20 de mayo de 1929 vestía el hábito franciscano en Arenas de San Pedro para profesar de votos temporales el 21 de mayo de 1930. En Pastrana cursó el trienio filosófico, y en Consuegra los

tres primeros años de teología. Hizo su profesión perpetua en Consuegra el 17 de agosto de 1935, con sus discípulos, y con ellos recibió la Tonsura, las Órdenes Menores ese mismo año y el subdiaconado el 6 de junio de 1936.

Bien dotado intelectualmente, Andrés fue un estudiante nunca ocioso, lector asiduo, que profundizaba los temas de estudio con otros libros. Su natural era áspero y nervioso, pero había logrado dominarlo, no hacía ostentación de su talento y ayudaba a sus compañeros en los estudios. Él, que ejerció de enfermero con gran caridad, sufrió, ya de profeso, una grave enfermedad, que supo aceptar con entereza. Persona de carácter y de convicciones, y coherente con ellas, infundía respeto en sus discípulos y se preparaba con empeño para el ministerio sacerdotal. Escribió artículos de filosofía y teología y varios poemas en la revista del seminario. En estos últimos expresa sus sentimientos ante la persecución religiosa y su disposición para la cruz del martirio, que abrazó el 16 de agosto de 1936.

FR. ALFONSO SÁNCHEZ

Alfonso Sánchez Hernández-Ranera, hijo de Andrés, guardia urbano, y de Paula Ángela, nació en Lérida el 26 de enero de 1915. Cuando Alfonso contaba cuatro años, la familia se trasladó a Guadalajara, provincia originaria de sus padres. Alfonso se manifestó en la escuela superdotado y diligente; con los compañeros, alegre, de gran corazón y con autoridad moral sobre ellos para impedir cualquier acción inconveniente. Se hizo monaguillo en el convento de los franciscanos, donde pasaba la mayor parte del tiempo que no le ocupaba la escuela.

Ingresó en el seminario menor franciscano de Alcázar de San Juan en 1926. Allí hizo dos años de humanidades. Los tres restantes, en La Puebla de Montalbán, en dos años. Vistió el hábito franciscano el 1 de junio de 1930 en Arenas de San Pedro. Profesó de votos temporales el 2 de junio de 1931. El trienio filosófico lo cursó en Pastrana de 1931 a 1934. En los dos años siguientes aprobó los dos primeros de teología en Consuegra, en donde emitió su profesión solemne el 17 de mayo de 1936. El 6 y 7 de junio de ese año, recibió en Ciudad Real la Tonsura y las cuatro Órdenes Menores.

Fray Alfonso era querido por todos y considerado por sus profesores y compañeros como el más completo de su curso: de gran capacidad y aplicación, el de las mejores calificaciones, cantor, organista, equilibrado en sus juicios y en su proceder, alegre y simpático, y con la humildad suficiente para no hacer ostentación de su facultades y soportar burlas de otros menos dotados. Vivía contento con su vocación. En carta escrita poco más de un mes antes de dar su vida por Cristo, habla de su profesión solemne como de *“mi sacrificio de inmolación”* y ve su ordenación como participación más íntima y directa en los misterios del Señor. Su martirio fue el 16 de agosto de 1936.

FR. ANASTASIO GONZÁLEZ

Anastasio González Rodríguez nació en Villaute (Burgos) el 11 de octubre de 1914; fue hijo de José y Fructuosa, labradores, de condición humilde y destacadamente piadosos. Fue acólito en la parroquia del pueblo, en la que su padre era sacristán. El ambiente cristiano del pueblo y de la familia hizo nacer su vocación. Cuatro hermanas suyas se hicieron concepcionistas franciscanas y su hermano menor, Eutiquio, fue también franciscano.

Anastasio cursó en el seminario franciscano de Alcázar de San Juan los dos primeros años de humanidades desde 1925 a 1927; los otros tres, en el de La Puebla de Montalbán. Empezó el año de noviciado el 1 de junio de 1930 en Atenas de San Pedro. Emitió su profesión

temporal el 2 de junio de 1931. En los cinco años restantes de su vida, cursó el trienio filosófico en Pastrana y los dos primeros años de teología en Consuegra. No emitió la profesión solemne, ni recibió Órdenes sagradas por estar sujeto al servicio militar.

No deslumbró por dotes o hechos excepcionales, pero no se puede llamar gris a una existencia como la suya, vivida en la bondad, sencillez y alegría, que unánimemente señalan los testigos como características de Fray Anastasio, y que constituían un natural excelente para encarnar el carisma de Francisco de Asís. Anastasio era apacible, simpático, siempre sonriente, obediente y muy aplicado, hasta estimular a otros y obtener buenas calificaciones. Escribía en la revista del seminario y colaboraba en los actos culturales del mismo. En las cartas a sus familiares se confesaba siempre contento de su vocación, sereno y animoso, animando a confiar en Dios ante los peligros que amenazaban a la Iglesia y a los religiosos en España, deseoso de profesar solemnemente y de alcanzar el sacerdocio, y conforme con la voluntad de Dios. Fue martirizado el 16 de agosto de 1936.

FR. FÉLIX MAROTO

Félix Maroto Moreno nació en Gutierrezmuñoz (Ávila) el 30 de enero de 1915. Fue el menor de los hijos de Abundio y Juana, labradores humildes, pero de religiosidad notoria. En aquel hogar se rezaba diariamente y, a pesar de la propia pobreza, se daba mucha limosna. A Félix le gustaba hacerlo y destinaba a ello lo que le daban por ser acólito en la parroquia. Dejó traslucir pronto su vocación, que la familia acogió con gozo como un honor.

De 1925 a 1930 estudió los cinco cursos de humanidades, los dos primeros en Alcázar de San Juan y los tres restantes en La Puebla de Montalbán. Tomó el hábito franciscano el 1 de junio de 1930 en Arenas de San Pedro y profesó de votos temporales en el mismo convento el 2 de junio de 1931. Cursó la filosofía en Pastrana de 1931 a 1934. En los dos años siguientes estudió los dos primeros cursos de teología en Consuegra. Por estar sujeto al servicio militar, no pudo hacer su profesión solemne.

Félix era de carácter fuerte, pero con gran dominio de sí, generoso, decidido, prototipo del dinamismo y de la franqueza, de los mejor dotados de su curso y de una aplicación incansable. Todo esto no le llevaba a distanciarse de sus compañeros, que eran atraídos por su naturalidad sin presunción, su simpatía y entusiasmo: no solamente no despreciaba a los menos dotados, sino que les ayudaba, salvando a alguno de perder su vocación. Fue un tiempo director de la revista del seminario. Su trabajo le produjo frecuentes dolores de cabeza en sus años de teología, pero no disminuyó su laboriosidad y rendimiento. Se encontraba centrado y gozoso en su vocación. Decía a sus familiares que pidieran para él únicamente la perseverancia. Al decirle éstos que, si le mandaban a misiones, podía ser martirizado, repuso: “*¡Qué más quisiera yo que dar mi sangre por Jesús!*”. La dio el 16 de agosto de 1936.

FR. FEDERICO HERRERA

Federico Herrera Bermejo nació en Almagro (Ciudad Real) el 21 de febrero de 1915. Sus padres, Víctor, picapedrero, y Dolores, eran de condición socioeconómica modesta. De corazón generoso y noble, tímido y de sentimientos delicados, era el primero en la escuela y fue visto con frecuencia orando a solas en la iglesia. La vocación le brotó de muchas fuentes: la religiosidad de la familia, de tener primos franciscanos y dominicos y del trato con los franciscanos, a cuya escuela asistía y en cuya escuela iglesia era acólito.

Con su hermano José entró en el seminario de Alcázar de San Juan en 1925, en el que permaneció dos años. Completó las humanidades en La Puebla de Montalbán. El 1 de junio de 1930 vistió el hábito franciscano en Arenas de San Pedro, en donde hizo su primera profesión el 2 de junio de 1931. Siguió su formación sacerdotal con el trienio filosófico en Pastrana y con los dos primeros cursos de teología en Consuegra, ya en 1934-1936.

Sus compañeros le califican como personalidad de relieve, con don de gentes, como el más dotado en inteligencia y memoria, sin presumir de ello. Ejemplar y el número uno en el seminario menor, siempre destacó en el latín y la música, aficiones a las que se dedicó con ardor. Era el organista principal del seminario. Su comportamiento se resintió y sufrió altibajos en sus años de profeso. En su último año de teología hizo causa común con el grupito que no aceptaba la actuación, recta y exigente, del maestro de disciplina, pero enmendó esa desviación pasajera. Los superiores no dudaron en admitirlo a la profesión solemne el 17 de mayo de 1936 y a la Tonsura y Órdenes Menores, recibidas el 6 y 7 de junio de 1936 en Ciudad Real. En carta a sus familiares, Federico se declaraba muy contento de haber dado el paso de su consagración definitiva a Dios e ilusionado con el sacerdocio ya cercano. Sufrió la muerte por Cristo el 16 de agosto de 1936.

FR. ANTONIO RODRIGO

Antonio Rodrigo Antón nació en Velamazán (Soria) el 8 de junio de 1913. Sus padres, Lorenzo y Julia, eran labradores de condición desahogada. De los 12 a los 15 años hizo de pastor con el ganado familiar. El trabajo le permitía leer libros religiosos. En el *Año Cristiano* dejó anotados sus pensamientos espirituales. En el hogar se respiraba piedad. Tres hermanos de la madre eran sacerdotes.

Antonio ingresó en el seminario franciscano de Alcázar de San Juan en 1928. En 1929 pasó al de La Puebla de Montalbán. Inició su noviciado vistiendo el hábito franciscano en Arenas de San Pedro el 1 de septiembre de 1930. Hizo su profesión temporal el 2 de septiembre de 1931. Cursó la filosofía en Pastrana de 1931 a 1934. Desde ese año a julio de 1936 estudió los dos primeros cursos de teología en Consuegra. No pudo hacer su profesión solemne ni recibir Órdenes sagradas por estar sujeto al servicio militar.

Era Antonio de cualidades intelectuales comunes, pero muy aplicado. Optimista, idealista, un tanto falto de realismo, comunicativo y servicial, no perdió su entusiasmo a pesar de la situación de España en 1936. Lo que más fuerza tenía en él era el ideal misionero, que llevaba desde niño, y que centraba sus energías y le hacía prepararse sin ahorrar esfuerzos para llegar a ser un buen misionero. Con ese ideal aunaba una gran vida interior. Amaba la soledad y era asiduo lector de la Biblia. En sus cartas habla a los familiares de la vida cristiana, pero principalmente de la vocación y vida religiosa. Habla también de los ataques a la religión en España y de la aceptación del martirio como la mayor gloria de la Iglesia y como una dicha. La alcanzó dando su vida por Cristo el 16 de agosto de 1936.

FR. SATURNINO RÍO

Saturnino Río Rojo nació en Mansilla (Burgos) el 16 de febrero de 1915. Fue uno de los once hijos de Marcelino y Eladia, labradores de humilde condición, cristianos fervorosos y señalados por la acogida dada a pobres y transeúntes. Saturnino era retraído, le repugnaban las peleas entre coetáneos, suplía con la aplicación lo que le faltaba de cualidades naturales y se distinguía por el deseo de estar en la iglesia y realizar prácticas piadosas. Desde pequeño decía

que quería hacerse religioso para ser santo. Tenía dos hermanas que eran Hijas de la Caridad y dos primos franciscanos.

Esto le movió a entrar en el seminario de Alcázar de San Juan en 1926. A los dos años, pasó al de La Puebla de Montalbán, donde terminó el cuarto de humanidades. El 1 de septiembre de 1930 tomó el hábito franciscano en Arenas de San Pedro. Durante el noviciado se le declaró una enfermedad de estómago que le duró varios años y que le hizo temer por su profesión temporal, pero pudo realizarla el 2 de septiembre de 1931. Cursó el trienio filosófico en Pastrana y los dos primeros años de teología en Consuegra entre 1931 y 1936. En ese último convento hizo su profesión solemne el 17 de mayo de 1936. El 6 y 7 de junio de ese año recibió las Órdenes Menores en Ciudad Real.

En sus diez años de vida franciscana no disminuyó su entusiasmo por la vocación y su esfuerzo por la propia formación. Su timidez no le hacía raro en su comportamiento, ni apocado ante las dificultades. Su enfermedad de estómago no le quitó la serenidad ni el humor. Muy sencillo, franco, influenciado, amable y respetuoso con todos, era notoriamente piadoso. No prometía ser un talento, pero sí un franciscano celoso del bien de las almas y un modelo de santa simplicidad. Un encanto de sencillez, de piedad y devoción son sus cartas, en las que se manifiesta contentísimo de su vocación y dispuesto al martirio. En el momento supremo de su inmolación y la de sus 19 hermanos el 16 de agosto de 1936, Fr. Saturnino fue quien oró con este grito de fortaleza: “*¡Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen!*”.

FR. RAMÓN TEJADO

Ramón Tejado Librado nació en Alcázar de San Juan (Ciudad Real) el 3 de mayo de 1915. Sus padres, Natalio y Joaquina, eran labradores muy pobres, pero que no se eximían de socorrer a los necesitados. La madre era muy piadosa, no así el padre y un hermano. Ramón oró mucho por ellos. Cambiaron y murieron por la fe. Fue acólito y cantor en su parroquia. A base de tesón, logró el permiso de su padre, que se oponía, para entrar en el seminario franciscano de su pueblo.

Cursó en Alcázar dos años de humanidades y otros dos en La Puebla de Montalbán. Vistió el hábito franciscano el 1 de septiembre de 1930 en Arenas de San Pedro. En mayo de 1931, tras la quema de conventos, su padre le sacó del noviciado, pero la insistencia de Ramón logró que a los quince días lo llevase de nuevo. Profesó de votos temporales el 2 de septiembre de 1931. Por tres años cursó la filosofía en Pastrana. De 1934 a 1936 estudió dos años de teología en Consuegra. No realizó su profesión solemne por estar sujeto al servicio militar.

Ramón Tejado no era brillante en los estudios, pero poseía una buena voluntad admirable para lograr lo que podía. Resaltaba su piedad, su sencillez, su docilidad y su humildad para reconocer y alabar las cualidades de sus compañeros. Era aficionado a la música, para la que tenía aptitudes, y a la literatura. Su entusiasmo por la vocación quedó patente en sus cartas y en sus hechos. En julio de 1936 sus familiares quisieron ponerle a salvo llevándolo a su casa o a la de unos amigos, pero él lo rechazó diciendo que quería correr la misma suerte que sus hermanos de religión y que estaba dispuesto a morir por Cristo, como así lo hizo el 16 de agosto de ese mismo año.

FR. VICENTE MAJADAS

Vicente Majadas Málaga, hermano menor de Andrés, nació en Becedas el 27 de octubre de 1915. Desempeñó el oficio de acólito en la parroquia, se mostró inclinado a lo religioso y no

fue un niño pendenciero. Huérfano de madre a edad temprana, recibió su formación desde párvulo en el colegio de las Franciscanas de la Divina Pastora, en Becedas, hasta ingresar en el seminario franciscano. El ambiente del pueblo y las cartas de sus hermanos Celestino y Andrés le animaron a ello.

Los estudios de humanidades los realizó de 1926 a 1930, dos años en Alcázar de San Juan y dos en La Puebla de Montalbán. Tomó el hábito franciscano el 12 de noviembre de 1930 en Arenas de San Pedro, en donde hizo su profesión temporal el 13 de noviembre de 1931. Cursó el trienio de filosofía, mientras completaba las humanidades, en Pastrana hasta 1934, y los dos primeros años de teología en Consuegra, de 1934 a 1936. Por no tener la edad canónica, no llegó a emitir su profesión solemne. Murió por Cristo a los 20 años.

No destacó por sus cualidades y su aplicación al estudio. Su conducta fue buena en el seminario menor y en el noviciado. Después, se limitaba a cumplir en lo fundamental sin dar malos ejemplos, aunque no alcanzase el entusiasmo de sus compañeros. No todo eran sombras. Era espontáneo y sincero, sin doblez, no trataba de aparentar lo que no era. Amaba su vocación y contribuyó a que uno de sus coetáneos no dejara la Orden, y así llegase a alcanzar el martirio. Dios encontró en él madera digna de arder por su gloria con el fuego del martirio, que Fray Vicente, junto con su hermano Andrés y otros 18 franciscanos, recibió por la fe el 16 de agosto de 1936.

FR. VALENTÍN DÍEZ

Valentín Díez Serna nació en Tablada de Villadiego (Burgos) el 11 de noviembre de 1915. Sus padres, Antonio y María, modestos agricultores, hicieron también de maestros y catequistas de sus diez hijos, pues en el pueblo no residía el sacerdote, ni hubo escuela hasta 1925. Hasta ese año, los niños tenían que desplazarse a la de Villalbilla, a dos kilómetros. Valentín, muy capaz y estudioso, era el primero de la clase; además, era compañero de buen carácter, caritativo con los pobres y diligente en las prácticas religiosas. El ambiente del hogar y el contacto con religiosos de los pueblos vecinos o sus familiares hizo nacer su vocación.

Ingresó en el seminario de Alcázar de San Juan en septiembre de 1926. En éste y en el de La Puebla de Montalbán cursó cuatro años de humanidades. Tomó el hábito el 12 de noviembre de 1930 en Arenas de San Pedro, en donde hizo su profesión temporal el 13 de noviembre de 1931, pasando entonces a Pastrana para cursar la filosofía durante tres años. De 1934 hasta su muerte hizo los dos primeros cursos de teología en Consuegra. No llegó a hacer su profesión solemne por no tener la edad canónica de 21 años, pero sí recibió la Tonsura y las Órdenes Menores en junio de 1936 en Ciudad Real con otros condiscípulos.

Valentín era persona serena, muy equilibrado, más amante del estudio, de la meditación y soledad, que del bullicio, pero sin ser misántropo, al contrario, alegre, sonriente, de una simpatía natural y corrección en el trato que atraía y comunicaba optimismo. Sin caer en la frivolidad, sabía divertir a sus hermanos en los recreos, y aún encontraba tiempo en éstos para orar ante el Santísimo. A todo ello unía una gran capacidad y no menor dedicación al estudio. Sus condiscípulos le veían como modelo y percibían en él "*un aire de santo*". A pesar de la muerte de su madre, de las dificultades de los estudios y la convivencia y de los dolores habituales de cabeza en sus dos últimos años de vida, Fr. Valentín no perdió su paz ni su sonrisa. Trabajaba calladamente con todas sus energías por su formación y por la virtud, movido por el ideal de llegar a ser un buen pastor de almas. Dio su vida por Cristo con otros 19 hermanos de comunidad en Fuente el Fresno (Ciudad Real) el 16 de agosto de 1936.

MARTIRIO DE ESTOS VEINTE FRANCISCANOS DE LA COMUNIDAD DE CONSUEGRA

Al comenzar la guerra civil española de 1936, la comunidad franciscana de Consuegra era sede del teologado de la Provincia de Castilla y estaba formada por 32 religiosos: 9 sacerdotes, 19 estudiantes y cuatro hermanos no clérigos. 28 de ellos sufrieron martirio por la fe en diversos lugares y en distintas fechas de 1936. Los franciscanos estaban bien vistos por el pueblo, que era muy religioso, pero las autoridades locales actuaron a los dictados del Gobierno de la nación, que se había propuesto hacer desaparecer de España la religión.

El 21 de julio, las autoridades se incautaron de todas las iglesias y prohibieron celebrar actos religiosos, incluso a puertas cerradas. Del 21 al 24, los franciscanos siguieron en su convento, pero sin poder salir y cercados por guardias del pueblo. Pasaron esos días en oración, se confesaron y celebraron la eucaristía en el oratorio del estudiantado.

El 24 fueron expulsados del convento. El último en salir fue el P. Víctor Chumillas, Guardián, que entregó las llaves a los agentes municipales. Los religiosos fueron hospedados por familiares y bienhechores. En los días de hospedaje llevaron una vida serena y de oración, sin intentar huir ni esconderse de los perseguidores. El P. Víctor expresó repetidamente su deseo de ser mártir.

Entre la tarde y noche del 9 de agosto y la mañana del 10, fueron detenidos 28 de los 32 franciscanos. Los otros cuatro lo serían el día 11. Ellos, sin protestar ni resistirse, pero conscientes de que los matarían, siguieron a los agentes, que los llevaron a la cárcel municipal. La estancia en la misma quedó escrita por el P. Chumillas en su breviario. Todos iban contentos de sufrir por el Señor y, al verse, se abrazaron, se pidieron mutuamente perdón y recibieron del superior la absolución general. Por la noche, ellos y los demás eclesiásticos encarcelados se confesaron, oraron y renovaron los votos y las promesas sacerdotales. El P. Chumillas les exhortó a sufrir el martirio por Dios y todos quedaron con ardiente deseo de padecerlo y se retiraron a descansar diciendo:

“Preparado está nuestro corazón, Señor, preparado está nuestro corazón. Vengan cuando quieran a darnos muerte, que nosotros esperamos firmemente la vida eterna de la mano de Dios misericordioso”.

Habiendo ingresado en la cárcel los demás sacerdotes y religiosos del pueblo el día 11, fueron todos trasladados a la iglesia de Santa María, antiguo convento franciscano, convertida en prisión. Allí recibían el alimento de los familiares y bienhechores. Estaban serenos y dedicaban el tiempo a la oración y al diálogo mutuo, estimulándose al martirio. Todos hicieron confesión sacramental. El día 14 fueron liberados tres franciscanos de avanzada edad y otros religiosos. También fue liberado uno de los estudiantes de teología, consabureense.

Pasada la media noche del 15 al 16, los franciscanos fueron sacados de la iglesia-prisión. Mientras salían, el P. Benigno Prieto dijo: *“No os asustéis, hermanos, que vamos al cielo”*. Inmediatamente, mandaron volverse a los naturales de Consuegra y a los hermanos no clérigos, en total, ocho, que serían luego asesinados el 19 de agosto y el 24 de septiembre. Los veinte restantes fueron subidos a un camión.

Escortado por varios coches, en los que iba el alcalde y miembros del Ayuntamiento, el camión salió de Consuegra, pasó por el pueblo de Urda y se detuvo en el lugar llamado *Boca de Balondillo*, en el término municipal de Fuente el Fresno (Ciudad Real). Los franciscanos, que habían ido rezando por el camino, fueron mandados bajar y ponerse en fila a pocos metros de la carretera. El P. Víctor Chumillas pidió al alcalde que los desatasen para morir con los brazos en cruz, pero no le fue concedido. Pidió que los fusilasen de frente, y el alcalde permitió que se volviesen. Entonces el P. Víctor dijo a su comunidad: *“Hermanos, elevad vuestros ojos al cielo y rezad el último padrenuestro, pues dentro de breves momentos estaremos en el Reino de los cielos. Y perdonad a los que os van a dar muerte”*. Y al alcalde: *“Estamos dispuestos a morir*

por Cristo”. Inmediatamente, Fr. Saturnino clamó: “¡Perdónales, Señor, que no saben lo que hacen!”. Empezó la descarga de disparos. En ese mismo momento, varios de los franciscanos gritaron: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Orden Franciscana! ¡Perdónales, Señor!”. Eran aproximadamente las 3,45 de la madrugada del 16 de agosto de 1936. Los cuerpos de los veinte franciscanos, por orden de la autoridad, fueron recogidos ya de día, llevados en un camión y sepultados en el cementerio de Fuente el Fresno. Una cruz de mármol con una breve inscripción recuerda el lugar de su martirio.

Terminada la guerra civil, fueron llevados al cementerio de Consuegra. El 15 de agosto de 1940, se trasladaron sus cuerpos a la capilla construida al efecto en la iglesia del convento franciscano de esa localidad hasta que el 26 de noviembre de 1982, por cierre de la casa, fueron trasladados a Toledo e inhumados definitivamente en la iglesia franciscana de San Juan de los Reyes el 23 de diciembre de ese mismo año.

El pueblo cristiano los consideró mártires y santos desde que supo su muerte, se encomendó a ellos y bastantes personas declaran haber recibido gracias por su intercesión.

P. FÉLIX GÓMEZ-PINTO

El P. Félix Gómez-Pinto Piñero nació en La Torre de Esteban Hambrán (Toledo) el 18 de mayo de 1870. Fue el tercero de los cinco hijos de Deogracias y Práxedes, humildes agricultores. Excepto el mayor, todos se consagraron al Señor. La fe, el santo temor de Dios y la caridad con el prójimo eran lo primero en aquel hogar, en el que reinaba la armonía, la alegría y las buenas costumbres. La madre era terciaria franciscana.

Félix mostró desde niño vocación de franciscano y misionero. El 12 de mayo de 1886 vistió el hábito franciscano en Pastrana. Hizo su profesión temporal el 14 de mayo de 1887. Estudió el trienio de filosofía en los conventos de Pastrana y de La Puebla de Montalbán, y emitió en este último su profesión solemne el 16 de mayo de 1890. Pasó entonces al convento de Consuegra para los estudios de teología. Allí cursó el primero, y los restantes en Belmonte. En esos años de su formación, mostró gran aplicación y virtud. En la inundación sucedida en Consuegra en 1991 fue el que más cadáveres rescató y llevó al cementerio cargados sobre sus hombros. En la marcha de protesta contra el Guardián iniciada por los jóvenes en Belmonte en 1994, Fr. Félix se sumó en un principio, pero se volvió desde las puertas del convento. Fue ordenado sacerdote el 9 de mayo de 1894.

Ese mismo año fue enviado a Filipinas con otros compañeros. Empezó a ejercer su ministerio como coadjutor en la isla de Polillo, de donde pasó a ser párroco y en donde le sorprendió la lucha de independencia filipina. Entonces fue hecho prisionero con su coadjutor. Pasó casi dieciséis meses de prisión con grandes penalidades de hambre, marchas a pie con calor y lluvias, junto con otros religiosos, que, liberados el 19 de diciembre de 1899, fueron llevados a Manila. Cuando se normalizó la situación, reemprendió la actividad apostólica en la isla de Samar. De octubre de 1913 a mayo de 1914 vivió en el convento del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Volvió a España y fue destinado por tres años como vicario a la comunidad de Pastrana, sede del noviciado. En 1919 regresó a Filipinas y trabajó en varias parroquias de Samar y en la de Bay (Laguna) hasta 1930. “No tenía más preocupación que hacer buenos cristianos a sus feligreses”. Atendiendo a todo, cuidaba de modo especial la catequesis, la administración de sacramentos y las visitas diarias a los enfermos.

Volvió a España a finales de 1933 y fue destinado al convento de Pastrana, en donde vivió hasta su muerte. Esos dos últimos años y medio realizó una gran misión entre sus hermanos, casi todos jóvenes. Era un testigo viviente, un modelo vivo, un testimonio acrisolado de lo que es una vida entregada por entero a la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo. A todos les

cautivaba su piedad intensa, su sencillez y alegría en el trato con los más jóvenes, su buen corazón, el dominio de su temperamento apasionado, su prontitud en los actos comunes, su disposición para oír en confesión a cualquiera que se lo pidiese. Su atención a los enfermos era tan solícita que era considerado como el apóstol de los enfermos. El P. Pinto, personalidad singular y vigorosa, supo aunar las dos virtudes de la tradición franciscana alcantarina en la que fue educado: la piedad y la acción misionera.

La comunidad franciscana de Pastrana, en donde vivía el P. Félix en julio de 1936, tuvo que abandonar el convento cuatro días después de comenzar la guerra civil española. Los religiosos fueron acogidos por diversas familias del pueblo. Cinco días más tarde, el 27 de julio, el convento fue asaltado por milicianos de la República. El P. Pinto fue recibido en la casa de unos familiares de otro franciscano y estuvo en ella hasta finales de agosto. Ante el anuncio de un registro por parte de milicianos de Madrid, el P. Félix se fue al campo y se ocultaba en una choza. Visto en las inmediaciones de la misma el día 2 ó 3 de septiembre, fue delatado. Las autoridades mandaron a cuatro jóvenes a detenerle. Éstos lo llevaron al pueblo entre burlas y malos tratos, pronunciando blasfemias y conminándole a que las repitiese. Él replicaba: “*¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Matadme, pero yo eso no lo digo!*”.

Llegados al pueblo, le pasaron por una taberna, en donde siguieron maltratándole, intentando inútilmente hacerle blasfemar y que bebiese vino. El alcalde mandó que le subiesen al Ayuntamiento y de ahí al antiguo convento de San Francisco, que hacía de cárcel. En la tarde del día 6, unos milicianos se presentaron en la misma y empezaron a hablar contra la religión. El P. Pinto la defendió con toda energía y terminó la discusión diciendo: “*Pues yo nací creyendo en Dios, vivo creyendo en Dios, y moriré creyendo en Dios*”. No fue asesinado en ese instante porque estaba presente el alcalde. Pero a ello siguió una reunión de los milicianos con el alcalde en la que decidieron matar al P. Félix esa misma noche.

Hacia la medianoche lo sacaron de la cárcel y se lo llevaron en un coche en donde iban los milicianos y el alcalde. Por el trayecto, entre los insultos y groserías de éstos, él musitaba oraciones. Salidos del término municipal de Pastrana, y ya en el de Hueva, en un lugar cercano a la cañada llamada **La Galiana**, le hicieron bajar del coche y le ordenaron caminar por la carretera. Apenas se había retirado unos metros, el alcalde y los milicianos le dispararon por la espalda. Mientras caía, aún tuvo fuerzas y espíritu para clamar: “*¡Yo os perdono! ¡Viva Cristo Rey!*”. Los verdugos le dieron el tiro de gracia y lo arrastraron a la cuneta. Era la madrugada del 7 de septiembre de 1936. El mismo día fue sepultado en el cementerio de Hueva y allí permaneció hasta que el 9 de octubre de 1989 fue trasladado a la iglesia franciscana de San Juan de los Reyes en Toledo.

El P. Félix Gómez-Pinto, valeroso testigo de la fe en Cristo, que defendió con sus palabras y rubricó con su sangre, fue tenido por mártir desde su muerte e invocado como santo por familiares, gentes de Hueva y Pastrana, y por sus hermanos de hábito, alguno de los cuales le atribuye no haber perdido la vida ni la vocación en los campos de batalla durante la guerra civil española. Otras personas atribuyen a su intercesión el haber recuperado la salud.

P. PERFECTO CARRASCOSA

Villacañas (Toledo) fue la patria chica de Perfecto Carrascosa Santos, nacido el 18 de abril de 1906, uno de los cinco hijos de Benito y Ángela, labradores de posición media, que formaron una familia verdaderamente excepcional por su religiosidad. Perfecto fue un niño vivaz, cariñoso e inteligente, que sintió la religión desde la cuna y al que gustaba enseñar el

catecismo a los más pequeños. A los diez años comenzó los cinco de humanidades, de los cuales estudió tres en el seminario franciscano de Belmonte y los dos restantes en el de Alcázar de San Juan. Llamaba la atención por su inocencia y se ganó el afecto de todos, compañeros y profesores. Con los compañeros hablaba con frecuencia de su sueño: llegar a ser misionero y mártir.

El 3 de agosto de 1921 vistió el hábito franciscano en Arenas de San Pedro. Hizo su profesión temporal el 4 de agosto de 1922. Empezó los estudios de filosofía en el convento de Pastrana, pero un tumor en el tobillo le obligó a interrumpirlos. Mejorado, marchó a Consuegra (Toledo), en donde terminó la filosofía y cursó la teología. Llevaba con serenidad el mal que padecía, el cual no le impedía entregarse con ardor a su formación. Obtenía calificaciones brillantes y colaboraba en la revista del seminario. Emitió su profesión solemne en Consuegra el 3 de mayo de 1927 y fue ordenado sacerdote el 2 de junio de 1929.

La enfermedad dicha le acompañó toda la vida, pero no fue capaz de robarle su optimismo y su alegría. Sencillo, simpático, bondadoso y con cierta dosis de timidez, era el encanto de sus hermanos, incapaz de hacer mal a nadie o molestarlo, aunque él era el blanco de muchas bromas. Siempre fue parlanchín, con una locuacidad inocente y alegre que indicaba un alma limpia y candorosa. Se sentía plenamente feliz en su vocación y amaba ardientemente a su Orden y a la Iglesia. Su ideal era ser apóstol y misionero.

Desde 1929 a 1935 estuvo en el convento de Pastrana como profesor del seminario de filosofía. Daba clases de las materias científicas y montó un laboratorio de química. Además, era director del coro, confesor de los seminaristas mayores y, algunos años, fue asistente de la Orden Franciscana Seglar y director espiritual del seminario menor. Daba también cauce a sus ansias apostólicas escribiendo artículos y poemas en la revista *Cruzada Seráfica*, en los que explicaba las verdades de la fe, ensalzaba y defendía a la Iglesia y la religión en los años de la Segunda República española. En octubre de 1935 fue destinado al convento de San Antonio, de la calle Duque de Sesto, en Madrid, como secretario de la provincia franciscana de Castilla, y en donde siguió ejerciendo el apostolado sacerdotal.

En ese convento le encontró la guerra civil española de 1936. La comunidad tuvo que abandonar el convento a partir del 18 de julio; el P. Perfecto salió el día 20 y se refugió en casa de unos vecinos. Hacia el 24 de julio salió para Villacañas. Estuvo en casa de sus padres unos 50 días. En ese tiempo se preparó para el martirio con una vida de oración casi ininterrumpida. También confesó a algunas personas. Tenía miedo a la muerte y le sacudían los nervios al oír relatar los asesinatos, pero decía: “*Si Dios me quiere mártir, ya me dará fuerzas para soportar el martirio*”. Lo veía cercano y, a pesar de su miedo, deseaba esa gracia, repitiendo con frecuencia: “*¡Qué ocasión para ser mártir!*”.

Sabían en el pueblo que estaba en casa de sus padres, pues algunos le habían visto entrar, pero ni los izquierdistas querían meterse con él, pues le consideraban “*un ser inocente*”. Mas uno de ellos, que luego se ufanaría de haberle dado una paliza al fraile, se presentó en casa de los Carrascosa en la madrugada del 14 de septiembre acompañado de tres hombres armados, y ordenó: “*¡Que salga el fraile!*”. Avisado, Perfecto se vistió y salió. A partir de ese momento perdió todo miedo. Dijo a la familia: “*No teman ustedes por mí*”. El padre le dijo: “*Hijo mío, a decir la verdad*”. Y él: “*Sí, padre, sí*”.

Se lo llevaron a la ermita del Cristo, donde tenían presos a algunos más. Fueron 33 días de prisión heroica. La familia y otras personas constataban las señales de las torturas, que también los otros presos sufrían: el rostro amarotado, hinchado y desfigurado, los ojos enrojecidos, el cuerpo como si no cupiese en la ropa, en ésta, manchas de sangre. Una persona atestiguó: “*¡Hay que ver las palizas que le están dando para que blasfeme y no lo logran!*”. Una vez le presionaban: “*Di que tu madre es una mala mujer y que la Virgen también lo fue*”. Él

respondió: *“Mi madre no es lo que decís, aunque pudo haberlo sido; pero la Virgen ni lo fue ni pudo serlo”*.

No se abatió, no se quejó de las torturas ni de los torturadores, ni sufrió mella su bondad y su celo apostólico. Alentaba a los compañeros, les exhortaba a aceptar el martirio, a no blasfemar, a perdonar a los verdugos y a rezar, y les administraba el sacramento del perdón. Como dijo uno de los compañeros de prisión, *“era un ángel para todos”*.

A primera horas de la madrugada del 17 de octubre de 1936, el P. Perfecto fue conducido junto con cinco seculares al cementerio de Tembleque (Toledo). En el trayecto expresó su gozo porque iba a alcanzar a Dios con el martirio. Ya en el cementerio, animó a los compañeros y les fue dando la absolución, para lo cual pidió ser fusilado el último. Allí fueron enterrados. Terminada la guerra civil, en abril de 1939, fueron exhumados el P. Perfecto y sus compañeros de martirio. Trasladados a Villacañas, fueron llevados procesionalmente por las calles y por la ermita que les hizo de prisión, y enterrados en el cementerio municipal. Exhumado el 1 de noviembre de 1942, el P. Perfecto fue trasladado solemnemente a la iglesia parroquial en cuyo crucero permaneció inhumado hasta el 10 de octubre de 1989, fecha en que sus restos fueron llevados a Toledo para ser inhumados definitivamente en la iglesia franciscana de San Juan de los Reyes.

Tenido siempre como modelo de inocencia y de buen franciscano por sus hermanos de hábito y como *“ángel”* y *“santo”* por sus compañeros de prisión, el pueblo empezó a tenerlo como santo y a invocarlo después de su martirio. Varios paisanos le atribuyen la curación y la conversión de algunos familiares.

*

*

*

HIMNO

Santos mártires de Cristo
en los campos de Castilla:
sangre de veintidós cruces,
pan de veintidós espigas;
un ara, un cáliz, un Cristo
en total eucaristía.

Estaba el campo agostado,
le disteis riego y semilla.
era honda noche en el valle,
y ya el sol amanecía,
la eternidad deslumbraba
en vuestra sangre que ardía.

Dios andaba en su trigal
cosechando las primicias:
jóvenes, promesa y sueño
de vuestra primera misa;
Dios adelantó su hora,
os ungió en óleo de víctimas;

sacerdotes, celo y llama,
voz que el Amor testifica,
sangre de Cristo la vuestra,
siervos fieles en su viña,
sarmientos que el Padre poda,
cepas de frutos henchidas.

En verdad fuisteis la sangre
generosa de Castilla,
en verdad, con vuestra muerte
disteis a la muerte vida,
fuisteis menores y hermanos,
como Francisco quería.

Al Padre, al Hijo, al Espíritu,
Fortaleza, Amor y Vida,
vuestra victoria enaltece,
vuestra muerte glorifica,
y nuestro canto proclama
su poder que resucita. Amén.

Oración

Señor y Padre nuestro, que fuiste glorificado por la vida humilde y el martirio de tus siervos Víctor y compañeros, concédenos, por su intercesión, servirte con entrega gozosa, hacernos semejantes a ti mediante la cruz de Cristo tu Hijo y poner en ella nuestra gloria. Por nuestro Señor Jesucristo.

Marcos Rincón Cruz